

RÍO GRANDE DE LOÍZA por Julia de Burgos

¡Río Grande de Loíza!... Alárgate en mi espíritu y deja que mi alma se pierda en tus riachuelos, para buscar la fuente que te robó de niño y en un ímpetu loco te devolvió al sendero.

Enróscate en mis labios y deja que te beba, para sentirte mío por un breve momento, y esconderte del mundo, y en ti mismo esconderte, y oír voces de asombro, en la boca del viento.

Apéate un instante del lomo de la tierra, y busca de mis ansias el íntimo secreto; confúndeme en el vuelo de mi ave fantasía, y déjame una rosa de agua en mis ensueños.

¡Río Grande de Loíza!.. Mi manantial, mi río, desde que alzóse al mundo el pétalo materno; contigo se bajaron desde las rudas cuestas a buscar nuevos surcos, mis pálidos anhelos; y mi niñez fue toda un poema en el río, y un río en el poema de mis primeros sueños.

Llegó la adolescencia. Me sorprendió la vida prendida en lo más ancho de tu viajar eterno; y fui tuya mil veces, y en un bello romance me despertaste el alma y me besaste el cuerpo.

¿Adónde te llevaste las aguas que bañaron mis formas, en espiga del sol recién abierto? ¡Quién sabe en qué remoto país mediterráneo algún fauno en la playa me estará poseyendo!

¡Quién sabe en qué aguacero de qué tierra lejana me estaré derramando para abrir surcos nuevos; o si acaso, cansada de morder corazones, me estaré congelando en cristales de hielo!

¡Río Grande de Loíza! Azul, Moreno, Rojo. Espejo azul, caído pedazo azul del cielo; desnuda carne blanca que se te vuelve negra cada vez que la noche se te mete en el lecho; roja franja de sangre, cuando baja la lluvia a torrentes su barro te vomitan los cerros.

Río hombre, pero hombre con pureza de río, porque das tu azul alma cuando das tu azul beso. Muy señor río mío. Río hombre. Único hombre que ha besado en mi alma al besar en mi cuerpo.

¡Río Grande de Loíza!... Río grande. Llanto grande. El más grande de todos nuestros llantos isleños, si no fuera más grande el que de mí se sale por los ojos del alma para mi esclavo pueblo.

¿Será la rosa? Por Ángela María Dávila Malavé

¿será el trámite

de la sombra debajo de los pétalos?

¿o será la rosa

o será la espinísima ferocidad de a diario?

¿será la rosa,

será tal vez el pétalo desnudo y transitorio?

¿será la rosa

con su gota de siempre en la mañana,

o será que una lágrima se encarga

de refrescar las flores ilusorias,

o será que una gota de polvo

descansa en la mañana de un sol desaliñado

sobre una hoja imaginaria, sobre una yerba

imaginariamente reptando por el polvo.

¿será que uno no entiende

que a esos hoyitos cogidos en la calle

de camino a la escuela

podría tal vez darles con ponerse de acuerdo

para inventarse jugar a ser abismos?

será que uno no entiende

que deshojarse a diario

no impide echar raíces,

ni detiene el imperio constante de la tierra,
ni el temblor de ser pájaro
tragando a bocanadas el aire por las alas
será que uno no sabe
o que uno está seguro
de que el agua son flores diluidas;
¿será el tremendo recuerdo de la flor en el aire
como agua detenida?
¿será la rosa
olida y sorprendida por los ojos,
brutalmente fugaz;
tocante tocadora
tocada para siempre su armonía
por el recuerdo musgo de su historia
por el recuerdo feroz y demarcado
de su huella difusa y siempreviva;
por el recuerdo punzante y afilado detrás de cada espina
de cada esquina,
de cada ruina diluida en distancia y asombro?
será la rosa dura en pie de lucha,
será seguir hablando palomas,
diciendo caracoles,
haciendo verbos simples para mover los nombres,

cómo decir: la luna está en cuarto creciente
y uno en cuarto menguante;
y ayer, o en estos días por la calle
me encontré aquel tornillo viejo y largo
que parecía un quijote moderno y milenario.
¿será la hospitalaria región desconocida

que nos recibe con sábanas dobladas,

una sonrisa, un fuego elemental

alimentando el agua que alimenta,

que pone alfombras viejas para los pies recientes

de espinas y caminos?

¿será la rosa,

será el concreto armado,

será la tierra oliendo a simple lluvia,

será la garra

o el hueco de la mano,

la sombra devorando la luz que no termina,

el destello total

inaccesiblemente amenazado?

será que hay muchas noches con sus días en orden

recordando eficaces cómo andamos

alternando los pies,

y con las manos

y hasta con la cabeza

si es que nos cerca de lejos al peligro,

si es que nos enamoran la distancia y la sombra,

flores en transiciones y aguas turbias;
si se nos aglomeran las espinas
para formar la lanza inacabable
que violente los pájaros,
que amenace los ojos que se nutren
de los animalitos;
o tropiece con todas las canciones
que tiemblan en el aire,
serán, me digo yo,
que se nos acumulan en uno de esos días,
o en varios de esos días,
o un poquito tal vez todos los días,
el susto y el asombro de encontramos
con tanta cosa junta,
con tantísima cosa
que uno dice en un grito y una lágrima
que habita entre los huesos:
¿será la rosa?
será que uno no entiende,
serán esos hoyitos de que hablábamos,
será la tierra oliendo
la garra, o el meñique, o el hueso de la mano
el destello total, el agua fuego,
este montón de cosas, todo esto.

PARIO LA LUNA por Luis Llorens Torres

Altamar del Mar Caribe. Noche azul. Blanca goleta. Una voz grita en la noche:

-¡Marineros! ¡A cubierta!

Es el aullido del lobo capitán de la velera. Aúlla porque ha parido su novia la luna nueva.

Y todos y en el lucero que en el azul va tras ella: ven el corderito blanco detrás de la blanca oveja.

El piloto de la nave, que a la baranda se acerca, al ver el mar, todo espuma, canta con voz de poeta:

-En sus azules hamacas mece el mar sus azucenas. Y entredice el sobrecargo:

-Es que las marinas yeguas van al escape y sus crines se vuelven sartas de perlas.

Y otra vez aúlla el lobo capitán de la goleta:

-No son espumas de olas, ni albas crines, ni azucenas: es que en el mar cae la leche del pecho que saca afuera, porque ha parido un lucero, mi novia la luna nueva.

Tomás Blanco

— Unicornio en la isla —

Isla de la palmera y la guajana
con cinto de bullentes arrecifes
y corola de soles.

Isla de amor y mar enamorado.

Bajo el viento:

Los caballos azules con sus sueltas melenas,
y con desnuda piel de ascuas doradas,
el torso de las dunas.

Isla de los coquís y los careyes
con afrodisio cinturón de espuma
y diadema de estrellas.

Isla de amor marino y mar embelesado.

Bajo los plenilunios:

húmedas brisas, mágicas ensenadas,
secretos matorrales....

Y el unicornio en la manigua alzado,
listo para la fuga, alerta y tenso.

LA TIERRUCA por *Virgilio Dávila*

Es el móvil océano gran espejo
donde luce como adormo sin igual
el terruño borincano que es reflejo
del perdido paraíso terrenal.

Son de fáciles pendientes sus colias
y en sus valles de riquísimo verdor
van cantando bellas fuentes cristalinas
como nautas que bendicen al Creador.

Primavera sus mejores atributos
muestra siempre generosa en Borinquen.

En los campos siempre hay flores
siempre hay frutos
es Borinquen la mansión de todo bien.

Aquí nace el puro ambiente que respiro
y se asienta la morada en que nací
y ese sol resplandeciente que yo admiro
aquí nace, aquí vive y muere aquí.

De mis padres fue la cuna y ella encierra
las más hondas emociones de mi ser.

Yo no cambio por ninguna esta tierra
donde tuve el privilegio de nacer.

**Es el móvil océano gran espejo
donde luce como adorno sin igual
el terruño borincano que es reflejo
del perdido paraíso terrenal.**

POMARROSAS: JOSE DE DIEGO

En las orillas de los viejos ríos,
que llevan sus corrientes rumorosas
por los bosques recónditos y umbríos,
nacen las pomarrosas
pálidas, escondidas y aromosas,
lejos del sol, como los versos míos....

En el suelo feraz, que al agua inunda,
yérguese el tronco en la raíz profunda,
al son perpetuo del raudal sonoro;
¡y absorbe, en cada poro,
el jugo que le nutre y le fecunda
y el resplandor de sus manzanas de oro!

Como los astros, al tocar su meta,
brillan las pomarrosas reflejadas
en el móvil cristal de la onda inquieta....
¡y como las granadas
y como las canciones del poeta
flotan sobre la tierra coronadas!

¡Oh, fruto, en que la flor se transfigura,
sin dejar de ser flor! ¡Tierna hermosura,
que la fragancia con la miel reparte,
y es perfume y dulzura
y símbolo, en que muestra la natura
la virginal maternidad del arte!

¡Cuán misterioso de la tierra el seno!
La sombra de la muerte se difunde
en el abismo, de amarguras lleno...
¡El tártago se hunde
y, en vez de néctar de la vida, infunde
y alza a la flor maléfica el veneno!

Mas, no la pomarrosa, que transmuta
en rica savia y en potencia fuerte
la ponzoña que infiltra la cicuta...
¡Así mi alma convierte,
como el arbusto de la blanca fruta,
la sombra en la luz y en la navidad la muerte!

¡Amor!, ¡Dolor!, ¡Corriente combatida!
¡Esperanza inmortal!, ¡Anhelos santos!

**¡Ondas de mi alma y ondas de mi vida!
¡Fecundidad del llanto!
¡Renacimiento de la fe perdida!
¡Pomas del bien y rosas de mi canto!**

**¡Benedicid a las áureas pomarrosas,
que en las orillas de los viejos ríos
se elevan escondidas y aromosas!
¡Amad los desvaríos
del alma triste que, en los versos míos,
saca los frutos del abismo en rosas!**

A PUERTO RICO,
José Gautier Benítez

¡Borinquén!, nombre al pensamiento grato
como el recuerdo de un amor profundo,
bello jardín de América el ornato,
siendo el jardín América del mundo.

Perla que el mar de entre su concha arranca
al agitar sus ondas placenteras,
garza dormida entre la espuma blanca
del niveo cinturón de tus riberas.

Tú, que das a la brisa de los mares,
al recibir el beso de su aliento
la garzota gentil de tus palmares;
que pareces en medio de la bruma
al que llega a tus playas peregrinas,
una ciudad fantástica de espuma
que formaron jugando las ondinas.

Un jardín encantado
sobre las aguas de la mar que domas,
un búcaro de flores columpiado
entre espuma y coral, perlas y aromas.

Tú, que en las tardes sobre el mar derramas
con los colores que tu ocaso viste
otro océano de flotantes llamas;
tú, que me das el aire que respiro
y vida al canto que espontáneo brota,
cuando la inspiración en raudo giro
con sus alas flamingueras azota
la frente del cantor; ¡oye mi acento!
El santo amor que entre mi pecho guardo
te pintará su rústica armonía;
por ta lo lanzo a la región del viento,
tu corazón lo dicta al corazón del Bardo,
y el Bardo en él su corazón te envía.

¡Óyelo patria! El último sonido
será, tal vez, de mi laúd; muy pronto
partiré a las regiones del olvido.

Mi juventud efímera se merma,
y ya en su cárcel habitar no quiere
un alma melancólica y enferma.

 Antes que llegue mi postrero día
y mi cantar se extinga con mi aliento,
 ¡toma, patria, mi última poesía!
 ¡Ella es de mi amor el testamento!
 ¡Ella el adiós que tu cantor te envía!

 Tres siglos ha que el hombre
encerrado en el viejo continente
ni en ti soñaba ni soñó tu nombre.

 Tu ser fue una bellísima quimera
a los que vían el confín del mundo
de Thule en la fantástica ribera;
 pero sonó una hora en el gigante
reloj que marca su existencia al orbe;
y abrió sus ondas al airado Atlante.

 El dedo del destino tocó
de un hombre en la aridecida frente,
y entre las ondas le mostró un camino.

 El tan solo quería,
cruzando las regiones del occidente,
volver al sitio donde nace el día;

 al viento del azar tendió sus velas
desde el confín del turbido océano,
y la suerte llevó sus carabelas
a chocar con el mundo americano.

 De ese mundo bellissimo fragmento
ere, ¡oh patria!, que en el mar lanzara
un cataclismo al estallar violento;

 más trajiste tan sólo su belleza
sin copiar del inmenso continente
la pompa y el horror de su grandeza;

ni el Tigre carnicero,
ni el León, ni el Jaguar en tu montaña
lanzan su grito aterrador y fiero;

ni el Boa se retuerce en la llanura,
ni entre las aguas de tu manso río
turbar la onda transparente y pura
se ve al Caimán indómito y bravío.

Ni arrojas al Atlante
de la playa pacífica, el inmenso
rey de los ríos, Marañón gigante.

Ni tus montes con ruido subitáneo
estremecidos en su base crujen,
cuando con ronco respirar titáneo
el Orizaba y Cotopaxi rugen.

Y no estremece un Niágara tu suelo
al desplomar la inmensa catarata,
en la que el iris, el pintor del cielo,
une a las franjas del luciente plata
oro, y carmín, y púrpura y topacio,
mientras en los cristales se retrata
fiero el cóndor, monarca del espacio.

Tienes,,,, la caña en la feraz sabana,
lago de miel que con la brisa ondea,
mientras su espuma, la gentil guajana
como blanco pulmón se balancea.

Y la palma, que mece en el ambiente,
encerrada en el ánfora colgante,
la ninfa pura de su aérea fuente;

y de tus montes en el ancha falda
donde el cedro y la péndola dominan,
luce el cafeto la gentil guirnalda
del colmo ramo que a la tierra inclinan
las bayas del carmín y de esmeralda.

Tú tienes, sí, tus noches voluptuosas

que amor feliz al corazón auguran
y en un vergel de lirios y de rosas
manantiales de plata que murmuran.
Tórtolas que se quejan en los montes
remedando suspiros lastimeros
palomas y turpiales y sinsontes
que anidan en floridos limoneros.

Todo es en ti voluptuoso y leve,
dulce, apacible, halagador y tierno,
y tu mundo moral su encanto debe
al dulce influjo de tu mundo externo.

Por eso, en aquel día
que abordaron las naves castellanas
a tus bellas riberas, patria mía,
tus tribus aborígenes,
dominando el temor que las llevara
al seno oscuro de tus selvas vírgenes;
tranquilas contemplaron
regresando apacibles a tu orilla,
cómo los brazos de la cruz se alzaron
bajo el rojo estandarte de Castilla

Pura amistad vehemente
unió los hombres que aportó el abismo,
del indio rudo en la tostada frente
cayó la onda sagrada del bautismo.

Después, ya roto el temor el dique,
la llama del amor lució esplendente,
la dulce hermana del primer Cacique
llamó su esposo al paladín de Oriente.

Y tú fuiste el joyel que traspasaba
el casto beso de su amor primero,
del señorial cintillo de Agüeybana
a la corona del monarca ibero.

Y después... y después,,,,, nunca mi canto
pinte el hondo luchar de las pasiones,
ni el exterminio, ni la crueldad y el llanto,
mancha de los humanos corazones.

Borremos del error las hondas huellas
que a la infeliz humanidad desdoran,
porque hombre soy... y me avergüenzo de ellas.

Llegó un día fatal de horror y duelo,
que en el del oro tras el torpe lucro
la vil esclavitud manchó tu suelo;
¡y el huracán del golfo americano
dejó las naves abordar tranquilas
a las riberas del jardín indiano!

Y tú, ¡patria!, la perla de Occidente,
¡no te volviste al seno de los mares
para lavar la mancha de tu frente!

Más no en vano en Judea
corrió la sangre de Jesús,
sellando el triunfo de su santa idea;
más no en vano anhelante
camina el mundo por al ancha vía
del progreso adelante;

brilló una aurora de feliz memoria
en que cesaron lágrimas y duelos
borrándose una mancha de la historia,

y mil y mil acentos
dieron tu nombre, ¡Libertad sagrada!,
a los montes, los valles y los vientos.

¡Y ni una sola represalia impía!,
¡ni una venganza profanó tu suelo!
¡Bendiciones y cantos, patria mía,
perdiéronse en las bóvedas del cielo!

¡Extraño cuadro! que en el ancha tierra,
al vencer la opresión en lucha santa,
de entre el lago purpúreo de la guerra
la libertad sangrienta se levanta.

Dios debió sonreír y viendo a su hechura

hacer del paria hermano cariñoso,
y del ángel tomar la investidura
al realizar un acto tan hermoso.

Y bendecirte conmovido y tierno,
porque sólo en tu suelo hospitalario,
al dulce influjo de tu mundo externo
se vio la Redención del Calvario.
Otro paso adelante; sin que vibres
el arma fratricida,
en el concierto de los pueblos libres
se levanta tu voz; savia de vida
y juventud circula por tus venas,
cuando la noble España conmovida
quebranta del colono sus cadenas.

Ya no eres, patria, un átomo perdido
que al ver su propia pequeñez se aterra,
ni un jardín escondido
en un pliegue del manto de la tierra.

Eres el pueblo que su voz levanta
si la justicia y la razón le abona,
que las exequias del pasado canta
y el himno santo del progreso entona.

Tú no serás la nave prepotente
que armada en guerra, al huracán retando,
conquista el puerto, impávida y valiente
las ondas y los hombres dominando;

pero serás la placida barquilla
que al impulso de brisa perfumada
llegue el remanso de la blanca orilla;
que ese es, patria, tu sino,
libertad conquistar, ciencia y ventura,
sin dejar en las zarzas del camino
ni un jirón de tu blanca vestidura.

Y, patria..., si me engaño,
si me reserva mi destino impío
llorar tu ruina y contemplar tu daño;
si he de escuchar tus ecos
devolverme entre lágrimas y horrores

el ronco acento de los bronces huecos;

si fuera mi laúd el destinado
para cantar tu pena y tu agonía....
¡Ah, que le mire pronto destrozado
en mis trémulas manos, patria mía!

Y antes que el mal en tu recinto nazca
y contemplarlo con espanto pueda,
¡que disponga el Señor cuando le plazca
de este resto de vida que me queda!

Mas si Jehová le concedió al poeta,
al cantar a su patria y a su destino,
la doble vista del veraz profeta;
si ha de unirse mi nombre con tu historia
para ser el cantor de tu alegría,
para ver el heraldo de tu gloria;

Dios me conceda al verte
de venturas y triunfos coronarte,
¡una vida sin fin para quererte
y una lira inmortal para cantarte!